

## Los comportamientos “alarmantes” de adolescentes en la sociedad actual: ¿dónde nacen la violencia y las conductas antisociales de los y las adolescentes?

A partir de la experiencia de la práctica clínica como miembro de un Equipo de Salud Mental Infanto-Juvenil, y utilizando un caso concreto real, se hace una reflexión sobre la complejidad y los múltiples factores que determinan la aparición de las conductas violentas en los adolescentes y los jóvenes. Se concluye que para prevenir o reducir los distintos tipos de conductas violentas que observamos en nuestros adolescentes y jóvenes es necesario potenciar los factores de protección del desarrollo de la personalidad a nivel individual, familiar y comunitario que protejan de las influencias negativas de los múltiples factores de riesgo que acechan siempre el desarrollo integral del ser humano en todas las etapas de la vida.

**Palabras clave:** Biología, ambiente, sociedad, educación, violencia, adolescentes, factores de riesgo, factores de protección y prevención.

Si nos atenemos a la forma de presentar en los medios de comunicación las noticias relacionadas con los comportamientos violentos de los adolescentes/jóvenes, podríamos pensar, para empezar, que existe en la sociedad una cierta “alarma social” por el alcance de este fenómeno sociológico. Con la ayuda de los distintos medios de comunicación la gente en general está construyendo una imagen de “niños terribles” de los adolescentes. Los ven como si fueran: “El diablo que ha entrado en el instituto”; “El responsable del mal ambiente familiar”; “El responsable de los conflictos de pareja y de las separaciones y divorcios de los padres”; “La vagancia sin voluntad”; “La incapacidad para el esfuerzo”; “El impulsivo consumidor de todo tipo de sustancias”; “El responsable de las depresiones de los profesores”; y, por último, para no alargar más la lista, “La encarnación de la indisciplina”.

Sin obviar el hecho de que es verdad- y de esto damos fe los que trabajamos en los equipos de salud mental infanto-juvenil- que cada vez es más frecuente escuchar a los educadores (padres y profesores principalmente) quejarse de que los niños y adolescentes desobedecen, se niegan a cumplir sus demandas, no prestan atención, son impulsivos y no controlan sus reacciones violentas, diremos enseguida, sin embargo, que no todos los adolescentes y jóvenes son conflictivos, ni maleducados, ni perversos, ni perezosos, ni malos estudiantes, ni insolidarios... ¡Cuando analizamos los hechos sociales nos estamos acostumbrando a quedarnos en la epidermis de la realidad. Vivimos en una sociedad, producto de la revolución tecnológica en el campo de la información, que nos aleja cada

vez más de la cultura del esfuerzo y de la reflexión en profundidad sobre los fenómenos que nos rodean. Existe como una especie de trastorno de déficit de atención generalizado que produce superficialidad a la hora de afrontar los fenómenos y las nuevas realidades del mundo de hoy. Y, en concreto, en lo que se refiere a los problemas de la violencia o conductas delincuentes de los adolescentes, hay como una especie de reflejo condicionado que se dispara cada vez que aparecen acontecimientos extraordinarios en los medios de comunicación. Un problema tan complejo como es el fenómeno de la violencia juvenil, que requiere pausa y moderación en las opiniones, se reduce o simplifica a estereotipos mentales que se alejan de lo que realmente sucede en la realidad. Se suele confundir lo que ocurre verdaderamente con los que nos gustaría que ocurriera. Tenemos la mente tan llena de prejuicios, de mitos, tabúes y convencionalismos que no nos dejan ver la realidad en todas sus dimensiones y matices. Nos fijamos en el iceberg de las conductas conflictivas y las juzgamos sin más. Olvidamos que la conducta que vemos es la manifestación o el resultado de muchos factores que han creado las condiciones para que el adolescente se comporte de la forma que lo hace en el momento actual.

Si queremos comprender por qué los adolescentes y el ser humano en general se comportan de una manera determinada tendremos que abandonar la cómoda tendencia a poner etiquetas y/o culpabilizar sólo al sujeto, y preguntarnos por las causas. En otras palabras, indagar en la identificación de todos aquellos factores que nos predisponen a comportarnos de una manera determinada, aunque ésta tenga consecuencias negativas para el sujeto y para la sociedad, como sucede en aquellos casos en que los adolescentes presentan un trastorno negativista desafiante o un trastorno disocial o un trastorno de déficit de atención con hiperactividad. Los niños y adolescentes que sufren estos trastornos son incapaces de controlar sus impulsos y con mucha frecuencia se encolerizan, discuten con los adultos y les desafían activamente negándose a cumplir sus órdenes o las normas establecidas. Se enfrentan una y otra vez a las personas que les cuidan y a cualquier educador que le ponga límites a su tendencia a hacer lo que le desea en cada momento. Molestan deliberadamente a sus compañeros y a menudo, encima, les acusan de sus errores o mal comportamiento.

Este patrón de comportamiento negativista, hostil y desafiante que se prolonga en el tiempo y que agota la paciencia y los recursos de los padres y educadores tiene sus causas. El reto de los especialistas en conducta infanto -juvenil, tanto en el campo de la investigación básica como en el campo de la psicología y psiquiatría aplicadas, es identificarlas y descubrir cómo influyen en cada persona. Y si revisamos los abundantes datos de las investigaciones en el campo de las ciencias del comportamiento de las últimas décadas, ¿qué nos dicen acerca de los problemas de conducta, de la desadaptación juvenil y de las conductas antisociales?

## **Algo más que biología y sociedad**

Ateniéndonos a los datos de la investigación científica que se ocupa de esta realidad, la primera evidencia con la que nos encontramos es la multicausalidad o multifactorialidad. Hay un consenso general en aceptar que son muchos los factores que determinan estas conductas problema. Aunque, hoy día, todavía quedan algunos científicos o profesionales que se

siguen aferrando al determinismo biológico o social y reducen la complejidad a un solo factor, la mayoría, a la luz de la evidencia científica, acepta que son muchos los factores que predisponen, facilitan, precipitan y mantienen estas conductas disfuncionales. No hay fronteras fijas entre biología, sociedad y psicología. Es la acción sinérgica de un conjunto de factores personales- biológicos y psicológicos- y del medio donde nacen, viven y se desarrollan los adolescentes la que nos ayudará a comprender su comportamiento. Son los distintos factores de riesgo y protección los que están presentes en la historia de cada persona. La biografía personal no es sino el camino de obstáculos que hemos ido superando desde que nacimos. Un conjunto de intersecciones de vivencias y avatares que nos ha ido haciendo como somos y facilitando la construcción de nuestra personalidad. En contra de lo que la opinión pública pueda creer, es difícil encontrar alguna enfermedad o patología determinada de modo rotundo por la genética o únicamente por factores externos, como tiende a pensarse en el caso de los trastornos graves del comportamiento. Será la interacción entre genética y modulación ambiental en cada etapa de la vida la que irá condicionando la evolución armoniosa de la personalidad o la expresión de las alteraciones del neurodesarrollo. No existen causas absolutas, sino una predisposición genética moldeable por el estrés ambiental en momentos claves del desarrollo. ¿Cómo sino comprender o explicar los cada vez más frecuentes casos que se nos presentan en las consultas de salud mental como el que aquí voy a presentar?

Unos padres acuden a la consulta del especialista y le entregan para que lea una carta que ha sido dirigida a otro profesional con el siguiente texto:

“Doctor: Permítame que le ponga estas líneas para informarle que la situación de nuestro hijo cada día que pasa se agrava más.

La situación es insostenible. Se han intensificado los insultos y lo que es aún más grave; su agresividad es más intensa y continuada. Esto se ha traducido en: tirar la comida de la familia por el fregadero y por el suelo; romper una vitrina de la cocina; dar patadas y hacer raspaduras en las puertas; pintar en las paredes y mancharlas con las botas sucias: romper tirándolos contra el suelo diversos objetos (floreros, ceniceros, cortinas, libros, paraguas, mando de la televisión...)

Ante la situación de extrema agresividad, nos hemos visto obligados a poner sendas denuncias en la comisaría de policía, una el sábado y otra el domingo. Adjunto fotocopia”.

Uno de los textos correspondiente a una de las cuatro denuncias puestas por los padres en el período de un mes es el siguiente:

“Que comparecen nuevamente en estas dependencias (comisaría para interponer otra denuncia contra su hijo de 15 años, llamado X, al cual ya han denunciado en varias ocasiones por insultos, amenazas e incluso, lesiones, tanto a los padres como a su hermano de 17 años, llamado Y.

Que el día de ayer, por la tarde, cuando se encontraban los comparecientes en su domicilio, junto con sus dos hijos, su hijo X se iba a ir de casa y le cogió la cazadora a su hermano Y, por lo que su madre le dijo que se la devolviera a su hermano, el cual en un momento de esta discusión le dio un pequeño empujón en la espalda, motivo por el que se revolvió furioso, se fue a la cocina, cogió un cuchillo y se dirigió a su hermano con intención de agredirle. Este corrió y se encerró en la

habitación para protegerse, sin embargo enrabietado intentó abrir la puerta dando patadas y destrozándola sin lograr entrar.

Que, al no poder entrar en la habitación, volvió a la cocina a dejar el cuchillo y diciendo que le iba a matar, y se marchó de casa amenazando que si le encerraban en algún Centro Psiquiátrico conseguiría una pistola y los mataría a los tres y luego se suicidaría él”.

Estos dos padres son normales. Tienen dos hijos. Uno no les crea ningún problema. El hijo mayor es estudioso, educado, responsable y sufre las agresiones de su hermano menor. ¿Qué ha podido pasar para que este adolescente que a los 14 años en su colegio le hacen una evaluación psicológica y le describen como colaborador, comunicativo, inteligencia normal-alta, bien integrado en el medio familiar y con buenas valoraciones e identificaciones de ambas figuras parentales se comporte un año después violentamente? ¿Qué factores han hecho posible este cambio tan radical de conducta? ¿Podemos atribuir este patrón de conducta violenta a un solo factor biológico o social? ¿Son los padres culpables de la conducta de su hijo? ¿Qué han hecho o están haciendo mal estos padres preocupados hasta la extenuación por ayudar a que este hijo se comporte educadamente y recupere una manera de comportarse educada, responsable y socialmente aceptable?

Es difícil dar una respuesta sencilla y exacta. Las teorías en el campo de la psicopatología del desarrollo nos dicen que hay factores de riesgo en el sujeto y en el medio que aumentan las posibilidades de padecer ciertos problemas o trastornos de conductas en alguna etapa del ciclo de la vida si no existen simultáneamente otros factores de protección que frenan esta predisposición o vulnerabilidad a responder agresiva o violentamente en situaciones estresantes o ante acontecimientos vitales negativos e imprevisibles. Pero, ¿por qué unos adolescentes o unos hijos en los mismos ambientes y en las mismas circunstancias responden de manera tan distinta?. Ni la biología ni la sociedad ni la psicología nos aclaran, hoy por hoy, cómo se comportan todos y cada uno de los factores que están relacionados con los que podríamos llamar trastornos del comportamiento asociados con problemas de violencia y agresividad.

Tiene que haber algo más. Hay factores que no controlamos y que se comportan de manera imprevisible pudiendo cambiar la historia del desarrollo personal en cualquier momento. Sin embargo, los padres de este adolescente quieren saber qué ha pasado. Qué ha hecho posible que su hijo haya cambiado tanto y para mal. Se preguntan y nos preguntan qué han hecho ellos mal en la educación de sus hijos para que estén viviendo esta pesadilla.

Yo no tengo respuestas concluyentes para estas respuestas, pero a los padres que acuden a mi consulta les suelo contar, para ayudarles a liberarse del sentimiento de culpa, algunas de mis experiencias y vivencias de la infancia.

Yo, que nací hace ya muchos años en un pequeño pueblo agrícola, aprendí a distinguir cuales eran las tareas propias del campo en cada época del año. Y comprendí que el fruto final que se obtenía de la tierra era el resultado de muchas tareas y de muchas circunstancias que no dependían del agricultor. Este podía haber hecho todo su trabajo con cuidado y con esmero: elegir y preparar bien la tierra, seleccionar la semilla, sembrar en su momento, cuidar

y abonar la planta, quitar las malas hierbas, mover la tierra y regar e incluso soñar con una espléndida cosecha con la que compraría alimentos y las cosas que le hacía ilusión...; y sin embargo, venía una tormenta de verano y arrasaba los sembrados. De repente, sin que el agricultor hubiera hecho nada mal, todo el esfuerzo y todas las ilusiones se derrumbaban.

El azar gobierna, a veces, nuestras vidas de una forma mucho más importante de lo que pensamos. Percibimos las cosas como creemos que son y no como realmente son cuando se trata de asuntos complejos como es el problema de la violencia y las conductas agresivas, que afectan a nuestra vida. El adolescente que hemos tomado como ejemplo es el resultado de su herencia genética, su familia, su educación y su entorno. Es cierto que todos estos factores son esenciales para comprender su comportamiento, pero también son puramente aleatorias sus múltiples combinaciones. ¿Por qué, si no, dos hermanos pueden ser totalmente distintos?

Ahora bien, no ser culpables de todo no nos exime de ser responsables de aquello que es nuestra obligación hacer. Y hacerlo bien o lo mejor que podamos. Pero para ello necesitamos explicar los fenómenos y establecer pautas de comportamiento que sean eficaces con el fin de corregir y prevenir las conductas violentas.

### **La familia: los estilos educativos de los padres y las conductas violentas de los/as hijos/as**

El cerebro sigue siendo un gran misterio para la ciencia actual, pero el progreso de los últimos 20 años es inmenso. Gracias a los grandes avances de la técnica se cuenta con precisas herramientas que hacen posible conocer más a fondo algunas piezas del complejísimo funcionamiento del cerebro. Con los electrodos se mide la actividad eléctrica, con la resonancia magnética se pueden registrar los cambios locales en la actividad y con el escáner tomográfico se pueden incluso ver los cambios en la química del cerebro. Con estos instrumentos la neurociencia estudia a través de las imágenes cerebrales la estructura y funcionamiento de nuestro cerebro. Y los datos que nos aporta nos dicen que el cerebro no es una página en blanco en la que se pueda moldear totalmente con la estimulación externa. La genética le pone limitaciones, pero luego tiene una gran capacidad de expresión o represión de los genes, lo que determina que se formen y modifiquen sus circuitos según el tipo de estimulación que le llegue. El cerebro crea nuevas células todos los días y a lo largo de la vida. Hay pruebas científicas de que el cerebro se regenera constantemente, pero cuando a un órgano se le somete a estrés, determinados circuitos cerebrales dejan de funcionar adecuadamente; y, por el contrario, si el cerebro es estimulado de manera continuada y eficazmente mantendrá sus conexiones y desarrollará todo su potencial.

Aquí entra la educación. El niño/a al nacer ha heredado de sus padres unos genes y, además, recibirá un ambiente social y cultural. Es en el ámbito de la familia donde empezará todo un proceso de socialización que condicionará su desarrollo y la adquisición de los hábitos básicos de conducta. El niño/a que es totalmente indefenso y dependiente de sus cuidadores irá adquiriendo poco a poco hábitos de pensamiento, hábitos afectivos y hábitos operativos. Son los padres -con sus conductas, actitudes, valores, recursos materiales, creencias- los que crearán las condiciones que

incrementan o reducen, en términos de posibilidades, el riesgo de que el hijo pueda practicar conductas violentas en algún momento de su vida. Los acontecimientos vitales positivos y negativos que irán impactando en el frágil y sensible recién nacido en las distintas etapas evolutivas están en estrecha relación con la competencia educativa parental. Los padres son un factor de protección para el desarrollo de los hijos, pero también pueden constituirse en un factor de riesgo. No todo genitor se convierte en padre o madre. Para que un genitor se convierta en padre se lo tiene que ganar. Es necesario que asuma sus responsabilidades de educar al hijo y esforzarse para hacerlo lo mejor que pueda. Se aprende a ser padre practicando con el hijo real y concreto que tenemos delante. No nos enseña nadie a ser padre, se aprende asumiendo la responsabilidad de cuidar, proteger y querer sinceramente, mostrándolo con los hechos y no de palabra, a nuestros hijos. Saber satisfacer sus necesidades básicas biológicas y psicológicas es una responsabilidad ineludible. Los menores necesitan de sus padres, educadores y cuidadores, un afecto incondicional que les dé seguridad y protección en las dosis justas. Necesitan, también, un cuidado atento y adecuado a las necesidades de seguridad y autonomía específicas de cada etapa de su vida. Y, por supuesto, necesitan de una disciplina consistente, basada en el conocimiento y en el cariño, sin caer en autoritarismos ni en la negligencia, que les ayude a respetar ciertos límites y a aprender a controlar su propia conducta. Al nacer el ser humano es indefenso y no sabe hacer prácticamente nada por sí mismo. Vamos aprendiendo poco a poco a comer, a andar, a hablar, a controlar los esfínteres, a leer, a escribir, a montar en bicicleta, a amar, a soñar, a pensar, a relacionarnos, a respetar al otro... Prácticamente todo cuanto hacemos en nuestras vidas lo hemos aprendido a hacer. Es en estos escenarios familiares donde se crean las condiciones fundamentales para que los niños aprendan a ser personas-únicas y dignas de ser amadas- para desarrollar la empatía por el semejante y para aprender los valores esenciales de una sociedad democrática basada en el respeto de los derechos universales de las personas. Los niños sufren, maduran difícilmente y se desesperan; igual que nos ocurre a los mayores. Sólo que ellos no poseen aún las claves de la aventura vital, los recursos emocionales y los instrumentos intelectuales o culturales que nos protegen, incluso de nosotros mismos. Son los padres los que tienen que asumir esta tarea de ayudar a crecer y madurar. Son los que se tienen que plantear el ¿qué les damos como vida cotidiana y como expectativa de mañana a los niños y a los adolescentes? Por eso es tan importante que los padres acierten en el qué y el cómo exigir para que maduren. Y sin embargo, no es una tarea nada fácil. ¿Serán capaces los padres de aprender a cómo ayudar a sus hijos a adquirir los recursos fundamentales para la vida: intelectuales, afectivos y éticos? El foso que aísla a la infancia y a la adolescencia del mundo de los adultos es cada vez mayor.

Es en el ámbito familiar donde se empezará a crear el caldo de cultivo de las conductas denominadas violentas, agresivas y delictivas **-el niño o el adolescente no se siente culpable tras portarse mal, tiene malas compañías, roba, miente, prefiere ir con niños mayores, se escapa de casa y del colegio, consume drogas, dice palabrotas, destruye cosas, es cruel, discute con todo el mundo, grita, es tozudo, se pela por cualquier cosa, es impulsivo, celoso, cambia fácilmente de humor-** cuando hay factores biológicos intrínsecos a la condición humana y personales psicológicos que las predisponen. Un niño o un joven que vive en un entorno familiar conflictivo y con pocos estímulos culturales y educativos, sin conductas de apego positivas y sin calidad en las

relaciones paterno-filiales tiene muchas probabilidades de padecer trastornos emocionales o del comportamiento; y, por supuesto, que manifieste su sufrimiento y malestar psicológico a través de estas conductas agresivas contra el entorno que no le respeta ni satisface sus necesidades básicas para el desarrollo armonioso de su personalidad.

Reflexionemos sobre un caso concreto y real. Un niño de 8 años. Escolarizado en un colegio de una gran ciudad. Acude al centro de salud a ver a su pediatra. Y su pediatra decide derivarlo al equipo de salud mental de su distrito. Cuando el psicólogo especialista le pregunta a la madre que qué le preocupa de su hijo, la madre dice:

“Mi hijo se porta mal en el colegio. Da muchos gritos. Dice muchas palabrotas. Es muy agresivo. Todos los días recibo quejas del cole. No hace los deberes y me miente. No me entrega las notas que le dan en el cole. Además las madres de otros niños se quejan de que Fabio pega a sus hijos y me lo cuentan. En casa también pega a sus hermanas. Las hace de rabiar. Las grita. Las tira cosas. También se hace pis en la cama, aunque no todos los días. En el otro colegio que estaba antes, le hacían una cosa muy rara, cuando hacía una cosa bien le aplaudían. Y a mí eso me parece como si le marginaran. Le cambié al colegio en el que está ahora para ver si mejoraba. Le cuesta trabajo seguir las instrucciones. Tiene una gran dificultad para mantener la atención fija en actividades de trabajo o de juego en casa y en el cole. Es muy desorganizado. Se le olvidan las cosas. Parece como que no presta atención. Siempre se está moviendo. No puede ni jugar callado. Y no para de molestar a las personas, da lo mismo quién sea. A la persona que más respeta es a la abuela paterna. Para él, jugar es ponerse a pelear. Si está cinco minutos en una silla es porque está malo. Tampoco se puede quedar sentado. Está siempre subiéndose en algún sitio peligroso. Hasta por las noches cuando duerme no para quieto. Habla en voz alta. Sueña en voz alta y se levanta dormido. “

El psicólogo pregunta: ¿Y qué dice el padre del comportamiento del su hijo?

La madre:

“Al padre no le ha vuelto a ver desde este verano que nos separamos. Teníamos muchos conflictos por causa de las drogas. Y el padre no ha querido saber nada. No hace nada por ver al hijo”.

La madre vive con sus cuatro hijos de 8, 6, 5 y 1 años en un piso alquilado que paga la abuela paterna de los niños. El padre es drogodependiente y en estos momentos está ingresado en una Comunidad Terapéutica. Debido a la conflictividad entre los adultos, la madre decide separarse del padre y hacerse ella cargo del cuidado de sus hijos. La madre trabaja en el servicio de limpiezas de la ciudad en un horario desde las 8 de la mañana a las 3 de la tarde. Le ayudan los abuelos y los Servicios municipales. Por las tardes se encarga ella de atenderlos desde que salen del colegio.

¿Qué estilo educativo puede predominar en contextos familiares que se caracterizan por la pérdida o ausencia de padres traumática? ¿Y en las separaciones traumáticas? ¿Y dónde hay violencia física, verbal o psicológica? ¿Y en las familias monoparentales con dificultades? ¿Y en las familias reconstituidas con dificultades? ¿Y en los padres adolescentes? ¿Y cuando hay delegación de funciones parentales en terceros externos a la familia? En estos tipos de familia en los que falta la autoridad y están llenos

de incoherencias educativas, ¿quién pone límites a las conductas del niño desobediente, gritón, maleducado, agresivo y caprichoso? La competencia educativa parental capaz de contener estas conductas disruptivas en la infancia y prevenir que las sigan practicando en la adolescencia se basa en la serenidad, en la paciencia, en la inteligencia, en la constancia y en la perseverancia de saber estar un día sí, y otro también, junto a los hijos. Para que los niños aprendan a controlar sus impulsos y a expresar sus emociones han de disponer de un marco de referencia ordenado en el medio familiar, con normas consensuadas entre los padres y todas aquellas personas que participan en la educación de los hijos.

¿Qué probabilidades tiene el niño que hemos tomado como ejemplo de que al llegar a la adolescencia haya sido capaz de resistir el impacto de los múltiples factores de riesgo que han ido acosando su desarrollo desde la más tierna infancia? No serán sólo las carencias en el seno familiar las que irán haciendo mella en el desarrollo de la personalidad del niño. Los factores de riesgo en el ámbito familiar aumentarán las posibilidades de que se le sumen otros- también de riesgo- en el ámbito educativo, sociocultural, económico-laboral y sanitario. Este niño tendrá muy probablemente dificultades en el sistema educativo. ¿Y quién acudirá a las reuniones con los tutores o sus profesores? ¿Quién vigilará su rendimiento y su proceso de integración escolar? ¿Quién le pondrá límites y se preocupará de su educación ética o espiritual? Las investigaciones acerca de la relación violencia-familia nos confirman la importancia del aprendizaje en la adquisición de las conductas violentas. Las experiencias que se viven desde la primera infancia en la familia, con los adultos encargados de proteger al niño, juegan un papel clave en su adquisición y mantenimiento. Nada marcará tanto a un niño y le empujará en una determinada dirección como los modelos de comportamiento que vea en sus padres y educadores. Los niños y los adolescentes tienen una fuerte tendencia a imitar la conducta de los adultos y de los niños y adolescentes entre sí. Se fijan en el comportamiento de los otros y aprenden imitando. La conducta de un niño no la podremos llegar a comprender totalmente si no miramos a su alrededor y descubrimos los ejemplos de conducta que observan en el medio familiar y social próximo.

La madre del este niño que hemos presentado como ejemplo, ¿podrá asumir todas las responsabilidades y tareas básicas para satisfacer todas las necesidades biológicas, afectivas, culturales, sociales de sus cuatro hijos? ¿Será capaz de ofrecer modelos positivos de empatía y respeto mutuo? ¿Será capaz de borrar de la mente del hijo las escenas de violencia observadas y vividas por el niño durante las discusiones y peleas en la pareja antes de separarse? ¿Será capaz de poner a sus cuatro hijos normas y límites como protección frente a la violencia? Existen muchas posibilidades de que vayan aumentando las condiciones de riesgo y se reduzcan las condiciones protectoras.

Cinco años más tarde, este niño, ya adolescente de 13 años, se encuentra internado en un Centro de Protección de Menores. La madre, que tenía la guarda y custodia de los hijos, agobiada por la carga que le supone trabajar y educar a sus cuatro hijos los abandona. Desaparece y se desconoce su paradero. El padre, que había pasado tres años en una Comunidad Terapéutica para abandonar las drogas, ha salido recientemente y no está en condiciones de hacerse cargo de sus hijos. El adolescente, tutelado por la Comunidad Autónoma correspondiente, sale los fines de semana y los pasa en casa de unas de sus abuelas.

Los Educadores/Tutores del Hogar de Acogida piden la ayuda del Equipo de Salud Mental Infanto-Juvenil del distrito con el fin de que se le proporcione tratamiento o ayuda psicológica.

En la consulta del facultativo especialista lo describen como:

“Un adolescente que tiene reacciones incontroladas y muy bruscas. Que le encanta hacer rabiar a todo el mundo. Sólo respeta al adulto que le sabe poner límites. Aunque en un primer momento siempre quiere transgredir las normas y desobedecer. No se concentra en los estudios. Suspende en casi todas las asignaturas. Y siempre se alía con los rebeldes. El otro día escupió en la jarra del agua en la mesa del comedor y le hicieron fregar todas las jarras del comedor. Es muy cabezota y como se niegue a hacer algo es imposible convencerle. Siempre tiene que llevar la voz cantante en todo. Ni hace ni deja hacer. No ha aprendido a respetar las normas. Desde que entró en el Hogar hace poco más de un año, nunca ha querido estar allí”.

Desde que nació este niño se ha ido desarrollando en circunstancias que nunca eligió. No eligió los genes, no eligió a sus progenitores, no eligió el ambiente en el que se encontró al nacer, no eligió las enfermedades y problemas que sufren sus familiares, no eligió los colegios, ni los profesores, ni los compañeros... En todos los momentos de su vida ha estado rodeado de factores de riesgo y, por supuesto, también alguno de protección. Pero, ¿cuáles de estos factores están triunfando? ¿A quién/es responsabilizamos del mal comportamiento de este adolescente? ¿Qué tratamiento educativo, médico, psicológico, escolar tenía que haber recibido para frenar su predisposición a practicar conductas agresivas y antisociales?

Desde que su madre decide separarse del padre, debido a las peleas y conflictos diarios que había en el hogar por culpa del consumo de drogas, están presentes factores externos al grupo familiar que ayudan a la madre a cuidar de sus hijos y, por supuesto, también influyen en el desarrollo y adquisición de los patrones de comportamiento que tiene el menor. Intervienen los Servicios Sociales; Educadores Familiares de Apoyo a la Familia; Colectivos de Tiempo Libre y Ocio; El Equipo de Apoyo Escolar; El Equipo Educativo de los distintos colegios por los que pasa; El Pediatra; Los Facultativos Especialistas del Equipo de Salud Mental Infanto-Juvenil; La Fiscalía de Menores; Los Educadores de del Hogar de Protección de Menores... ¿Qué ha sucedido para que este niño no haya modificado sus conductas conflictivas y estén aumentando en intensidad, frecuencia y gravedad? ¿Cuál ha sido la calidad, eficacia y eficiencia de las intervenciones de los distintos profesionales? ¿Cuál/cuáles han sido los fallos educativos o terapéuticos que se han cometido para no impedir que este niño llegue a la adolescencia con este patrón de conducta? ¿A quién le atribuimos la responsabilidad? ¿Al adolescente? ¿Ha nacido delincuente o se está haciendo delincuente?

Pensemos en el siguiente caso ocurrido el mes de noviembre de 2008 en Barcelona. Cito entrecuillados párrafos de la crónica de un periódico sobre el acontecimiento conocido como el “El crimen de Halloween de Ripollet”. “Confiesan los chicos que degollaron a una amiga en Ripollet”. Los chicos son dos adolescentes de 15 y 14 años respectivamente. La amiga asesinada una compañera de 15 años, compañera de clase en el Instituto de Enseñanza Secundaria. Una adolescente que había dejado escrito pocos días antes a través del fotolog (especie de diario en Internet) que estaba enamorada de

quien iba a ser su presunto asesino. Un adolescente del que cuentan los medios de comunicación que se le atragantaban los estudios. Que había reforzado su imagen de tímido dejándose un enorme flequillo que le caía sobre la frente hasta casi taparle los ojos. Con su amigo (presunto implicado en los hechos) compartían equipo de fútbol. Era un adolescente, al parecer que no solía llamar la atención. No era considerado, según los datos que conocemos, una “oveja negra”. ¿Qué pudo ocurrir para que este chaval de 15 años se convirtiera de la noche a la mañana en un salvaje? ¿Y cómo se explica que su amigo contemplara las escenas tan brutales sin hacer nada, dejarán a su amiga malherida desangrándose y tirada en un descampado por la noche, y al día siguiente se pudieran ir a jugar un partido de fútbol como si nada? Cuenta la crónica periodística que “los dos adolescentes detenidos la tarde del sábado -del día siguiente a los hechos- por el asesinato de una niña de 14 años (...) confesaron ante la policía, y en presencia de sus padres, que degollaron a la víctima. Poco después y en presencia del juez, uno de los menores intentó culpar al otro, diciendo que mientras su compañero le cortaba el cuello a la chica y le proporcionaba golpes, él sólo miraba”(…) “Aunque no está confirmado oficialmente, los tres adolescentes iniciaron una discusión por algún asunto relacionado con los celos hasta que uno de los chicos clavó una navaja en el cuello de la víctima.” (...) “Además de la agresión de arma blanca, los dos chicos golpearon brutalmente a la víctima en el cuerpo, en la cabeza y en la cara con un palo. Los dos chicos huyeron dejando a la niña moribunda”. (...) “Poco después, la Policía consiguió arrestar a los dos sospechosos ante la sorpresa y estupor de sus familiares”. ¿Cómo, dejando a un lado las emociones que provocan estos acontecimientos tan brutales, podemos comprender o/y explicar estas conductas violentas? ¿Qué parte hay de genética y cuanta de aprendizaje? ¿En qué han fallado estos padres “sorprendidos y pasmados” ante el comportamiento de sus hijos? ¿Qué ha fallado en la educación para que estos chavales no hayan podido controlar sus impulsos y pensar en las consecuencias de sus conductas? ¿Qué han hecho o podían haber hecho las instituciones escolares o el Sistema Educativo?

### **Las instituciones escolares: ¿factores de riesgo o de protección contra la violencia?**

En teoría, de protección. En la práctica, a veces, también son de riesgo. Las instituciones escolares no son una balsa de aceite. Un remanso de paz, calma y bienestar. Son para algunos niños y adolescentes una maravilla, para otros un espanto. Los colegios y los institutos - instituciones sociales- no son ajenos a los problemas de la sociedad. La comunidad educativa es un reflejo de la vida en sociedad. Los maestros, los profesores, los padres y los alumnos no son todo el Sistema Educativo. Los gobiernos y las administraciones centrales/locales, en su respectivo nivel de responsabilidad, van a colaborar en la creación de las condiciones que faciliten la ingente tarea de continuar la educación y socialización iniciada en la familia. La escuela o el colegio dan continuidad y complementan la tarea educativa de los padres, no les sustituyen. Pero son muchas las variables o factores que determinan que las instituciones escolares se conviertan en un factor de protección y desarrollo armonioso de la personalidad para todos y cada uno de los alumnos o educandos. No todos los alumnos llegan en las mismas condiciones ni todos son iguales. La idea de que existen clases formadas por

grupos homogéneos es una inexactitud peligrosa. Una inexactitud que en la práctica tiene consecuencias nefastas que tienen mucho que ver con algunas de las conductas violentas que pretendemos erradicar de nuestros jóvenes. El modelo de desarrollo social y económico, que en las últimas décadas enfatiza el éxito pronto y fácil, beneficio inmediato y sin tener en cuenta las consecuencias para el medio físico y humano, es un factor que predispone la aparición de las conductas agresivas y violentas. Estos modelos de organización social influyen, claro está, en la variable curricular: en lo que enseñamos y cómo lo enseñamos. Al alumno que se le exige esforzarse para ser competitivo y tener éxito en la sociedad, ¿se le respeta su nivel de desarrollo y sus circunstancias específicas? En una sociedad como la española donde los movimientos migratorios hacen de las aulas un mundo multicultural, ¿se respetan las diferencias individuales? ¿Se facilita así la solidaridad, el compañerismo, el respeto al otro o, por el contrario, la rivalidad y el sálvese quien pueda? En una institución escolar en donde todos los alumnos tienen que aprender lo mismo y de la misma manera, en el mismo sitio y al mismo tiempo se están creando las condiciones para sembrar los conflictos que crecen en muchos colegios e institutos. Un factor que predispone muchas conductas violentas de los adolescentes es esta homogenización de las exigencias académicas. Aceptar la diversidad es un reto de toda la comunidad educativa. Si no conseguimos que el adolescente se sienta a gusto dentro de la institución sufrirá y creará problemas. Problemas que, unas veces, el adolescente o joven internaliza y se deprime y, en otras ocasiones, externaliza agrediendo a sí mismo o agrediendo a los demás. El adolescente necesita sentirse capaz de progresar y de tener confianza en sí mismo. Creer en sus posibilidades. Pero cuando fracasa una y otra vez en los estudios y ve que queda marginado del proceso de escolarización, su autoestima se debilita y busca otras formas disfuncionales de hacerse presente. ¿Cómo explicamos sino el fenómeno del acoso escolar? ¿Cuándo comienza el hostigamiento y el acoso escolar? ¿Qué factores intrínsecos a la comunidad educativa desencadenan el proceso del matonismo y el maltrato entre compañeros en las distintas etapas de la escolaridad obligatoria? ¿Qué tipo de convivencia existe en las aulas y fuera de ellas para que un adolescente se fije en un compañero, y por cualquier detalle, decida convertirlo en su presa y lo maltrate física o psicológicamente? ¿Qué puede estar pasando para que una institución escolar, que en teoría debería constituirse en un factor de protección, predisponga y precipite las conductas violentas? Este adolescente conflictivo está siendo el resultado-producto de un mundo diseñado por adultos primero en casa y ahora en la institución escolar. Ni el niño ni el adolescente eligen, planifican y gestionan los ambientes donde crecen y se desarrollan. Algo está fallando en la propia naturaleza socializadora de la institución escolar. La adolescencia es un tiempo de cambio neurobiológico sustancial. Los cambios que se producen durante la adolescencia, la adaptación a ellos y la enorme plasticidad de los cerebros adolescentes hacen de esta etapa un tiempo de gran riesgo y oportunidad, pero ¿entienden las instituciones escolares al adolescente de nuestros días? Un adolescente o joven que encuentra su principal apoyo en los amigos y que tiene que crecer en unos ambientes familiares desestructurados, sin modelos parentales claros y competentes, tampoco se siente comprendido en el entorno escolar. No acepta el juego social de implicarse y formar parte de esta sociedad. No piensan que el mundo en el que viven es su mundo. La estructura de los centros escolares no ha asimilado los cambios profundos de nuestra

sociedad. Sigue obsesionada con su función académica. La incorporación de la mujer al mundo laboral, por ejemplo, obliga a conciliar la vida laboral y profesional de padres y profesores. Se plantean reformas curriculares (contenidos, métodos de evaluación, criterios didácticos), pero los centros escolares siguen con la misma organización. Sin perder su función educativa los centros escolares tienen que abrir sus puertas y ventanas a las nuevas realidades y asumir nuevas funciones para integrar a los jóvenes. Y esto no puede recaer sobre los hombros del maestro o del profesor. Habrá que diferenciar el papel del profesorado del de otros profesionales que desarrollen funciones complementarias y básicas para responder a las necesidades formativas de nuestros adolescentes. Sin coordinación y complementariedad entre padres y todos los otros protagonistas de la comunidad escolar es muy difícil abordar todos los retos de la educación de los jóvenes y tener éxito en la prevención de las conductas violentas. La participación de los padres es un elemento clave para afrontar el fracaso escolar y prevenir la violencia escolar, pero ¿es posible la participación de los padres en la escuela o en los institutos si no tienen tiempo ni para estar con sus hijos en casa? Cuando surge un problema de convivencia en las aulas y se cita a los padres para que acudan a informarse de lo que está ocurriendo con su hijo en el centro, ¿cuántos pueden ajustar su horario laboral o familiar al escolar? ¿Cuántos padres (padre y madre) participan activamente en la comunidad escolar? Y, ¿qué sucede cuando a un joven se le expulsa del centro escolar por mal comportamiento y los padres trabajan? ¿Procede la expulsión o es necesario buscar otras alternativas? ¿Es siempre la familia la responsable de los conflictos escolares: agresiones, acosos, insultos, robos, faltas de respeto, desobediencia, apatía, peleas, palabras soeces...? ¿Están dotados los centros escolares con los recursos humanos suficientes para hacer frente a estos problemas de convivencia escolar? Está claro que un porcentaje alto de adolescentes y jóvenes que llegan a los juzgados por delitos de distinto tipo tienen fracaso escolar. Si casi todos chavales que alcanzan el perfil de delincuente o empieza a tener un historial delictivo suele haber fracasado en la escuela o en el instituto, es pertinente que nos preguntemos por los factores de riesgo que puedan estar en la propia naturaleza socializadora, no sólo de la familia, sino también en las instituciones escolares. Habrá, pues, que hacer un esfuerzo en identificar los puntos débiles de nuestro sistema educativo que hacen posible la aparición y el mantenimiento de las conductas violentas en los adolescentes conflictivos. Y, por supuesto, asumir la responsabilidad de cambiarlos y corregirlos. No es elegante echar balones fuera y poner la responsabilidad sólo en el otro.

## La sociedad educadora

Se suele decir que hay tres tipos de educación: la de la familia, la de la escuela y la del mundo; y que ésta última puede a las otras dos. Sin caer en el determinismo del ambiente, y utilizar éste para explicar los comportamientos criminales o violentos, hay evidencia de que las ideas, los valores y creencias que suele aportar el grupo, entendiendo por grupo los compañeros de escuela, de barrio, los amigos, los medios de comunicación, centros culturales, empresas, asociaciones diversas..., es decir, todas las circunstancias ambientales sumadas y entrelazadas, son otro factor poderoso que no podemos olvidar a la hora de intentar comprender el porqué de las conductas violentas de cada adolescente o joven conflictivo. Hay que

recordar que la violencia es una dimensión normal del ser humano. La violencia, la barbarie misma, no implican por sí mismas ningún trastorno de conducta o patología mental. Las guerras, las grandes revoluciones, los genocidios,-en los cuales han participado y participan tantas mayorías silenciosas- los distintos tipos de delincuencias de todos los días, la grosería, la malevolencia en las relaciones sociales, el maltrato, no son una particularidad de personas enfermas o con alteraciones de la conducta humana. Es necesario desmontar la idea engañosa de que hay que estar enfermo para cometer actos violentos. Sin embargo, todo ser humano que mantiene relaciones con sus semejantes en una sociedad que aspira a ser civilizada y humanista debería renunciar a la violencia primitiva y aceptar los beneficios de un comportamiento sociable y respetuoso con el otro. Esta renuncia a cualquier tipo de violencia debería ser el triunfo de la educación. Es más, un niño o un adolescente en proceso de construcción de su personalidad necesita de la ayuda del conjunto de la sociedad, y no sólo de sus padres, maestros y profesores, para adquirir la capacidad de renunciar a la violencia y controlar sus impulsos más primitivos. Mi experiencia clínica me demuestra que una personalidad de un sujeto que no está bien estructurada, y que en ciertas circunstancias no pueda controlar su impulsividad, es capaz, con ayuda, de aprender estrategias de autocontrol. Y, por el contrario, una personalidad de un sujeto bien estructurada por la presión del medio puede perder el control de sus impulsos. La pregunta que nos viene enseguida a la mente es ¿los contextos en los que viven y construyen su personalidad nuestros niños, adolescentes y jóvenes facilitan, predisponen y refuerzan las conductas agresivas y violentas o las dificultan y la previenen? Qué factores predominan, ¿los de riesgo o los de protección? La filosofía del éxito en el hacer y en el tener impregna nuestras sociedades, y a falta de un sistema de valores alternativo o de un proyecto de integración social realmente solidario y justo, es el espejo en el que se miran los adolescentes. La repercusión de los modelos de comportamientos sociales dominantes hace mella en la personalidad del adolescente en proceso de construcción que, sin madurez suficiente y sin recursos cognitivos suficientes para la reflexión crítica y el análisis consecuencial de la conducta, los imitan. Piensan algunos adolescentes que pueden entregarse al consumo y a cualquier tipo de placer sin trabas y sin límites. No aceptan la frustración ni la demora del placer, origen de muchas conductas violentas. Tienen que conseguir aquí y ahora el objeto deseado por cualquier medio, aunque éste sea violento y atente contra los derechos de la persona. Les resulta muy difícil contener sus impulsos en un mundo que les bombardea por todos los medios a su alcance con estímulos que predisponen a la violencia de distinto tipo. Muchos adolescentes, que han hecho de la música y el baile sus señas de identidad, son incapaces de controlar el consumo de drogas excitantes los fines de semana. Pero ¿cómo controlar los impulsos de consumir drogas en contextos en los que parece que la juventud no encuentra otras formas de socialización que no pasen por el botellón o el chute? Contextos urbanos de ocio ruidosos que invitan a no hablar, a enfascarse en sí mismo y que provocan cambios bruscos de humor son la antesala de las conductas agresivas. Las reacciones violentas también tienen sus raíces en estos ambientes sociales avasalladores, groseros, maleducados, incívicos y chulescos. La práctica de la mala educación en nuestra sociedad es una epidemia. Hay modelos de conductas violentas en la calle y en casa. Toda la sociedad se constituye en un proyecto educativo, tiene que saber qué tipo de ciudadano pretende que llegue a ser el niño y el adolescente y

cuidar lo que enseña. La educación es una experiencia de relación construida entre todos. Es el producto del intercambio de experiencias y de desarrollar una relación de reconocimiento en los otros. Todo lo que rodea al adolescente de una manera u otra le está formando y educando. Le educan los padres, los amigos, los profesores, los médicos, los vecinos, la música, los móviles, el ordenador, la televisión, el cine, el Messenger, el correo electrónico, el fotolog, los videojuegos, la Nintendo Wii, la X-box, Playstation... Pero en todos estos factores hay riesgos. Los adolescentes necesitan límites. Educar significa orientar y dirigir. ¿Quién les está orientando en el uso adecuado y formativo de todos estos medios? El engaño, el acoso y la coacción a menores por Internet es un peligro en aumento. ¿Cuántos padres saben qué es el "grooming"? ¿Cuántos padres saben de qué están chateando sus hijos? ¿Cuántos padres tienen recursos y tiempo para involucrarse y aprender a manejar las nuevas tecnologías? Es muy fácil dar pauta a los padres para que controlen las influencias negativas y los factores de riesgo del *cyberbullying*, lo difícil es que los padres y los profesores sean capaces de controlar todo el flujo de conversaciones por Internet. Cuando el mundo o la sociedad –como conjunto– no va bien son cada uno de los individuos que la constituyen los primeros en sufrir las consecuencias. Aparece la marginación más acre y violenta: la que une juventud, pobreza, droga, aceptación del margen–la mayoría de los marginados aceptan serlo, con todo lo que eso conlleva– y desesperanza. Jóvenes adolescentes de buen corazón que no pueden escapar a la mafia de la droga y la criminalidad y la violencia como forma de vida. Se acaban haciendo delincuentes porque no les queda otro camino. Primero la desorganización de la familia, luego la rigidez de la escuela y por último la estrechez del entramado social llevan a muchos adolescentes por mal camino. El deterioro de la vida urbana en algunos barrios de las grandes capitales es permanentemente un factor de riesgo para los adolescentes. Se empapan de violencia desde que se levantan hasta que se acuestan. Y vemos en algunos reportajes, donde la violencia y el narcotráfico son maneras naturales de vivir para los marginados, como niños de 10 años llevan pistolas y son más crueles que los adultos; o adolescentes de 17 o 18 años que son jefes curtidos de bandas que se hacen respetar por uso artero de la trampa y la fuerza. En estos contextos– mundos espantosos llenos de violencia, brutalidad, ignorancia, miseria y droga– sólo el adolescente con un gran carácter logrará salvarse. ¡Porque los hay que se salvan! Pues no todos los que viven en estos ambientes son criminales ni delincuentes. Aunque hay pruebas, y es lógico pensar, que el lugar donde uno nace y se desarrolla no es del todo indiferente de la conducta que uno lleve en el futuro. También es cierto que en lugares de cultura refinada, amantes de la música de Bach y de la lengua de Herder, si nos remitimos a la época nazi en Alemania, florecían las conductas violentas y criminales. Los que gestionaban y dirigían los crematorios no era precisamente gente marginada. La violencia juvenil o las conductas agresivas y antisociales de los adolescentes no son el producto de un solo factor ambiental, por ejemplo, las nuevas tecnologías. Es cierto que algunas de las conductas violentas o agresivas de muchos jóvenes y adolescentes están estrechamente vinculadas, de un modo u otro, al uso de internet o los teléfonos móviles o a los videojuegos. Sin embargo, no se puede concluir, al menos con los datos de que disponemos, que el uso de las nuevas tecnologías induce y estimula en los adolescentes y los jóvenes una mayor agresividad y mayor grado de conductas nihilistas. La despersonalización de las relaciones humanas–considerar al otro no como

persona, sino como cosa u objeto de consumo- no es la consecuencia de la existencia de nuevas tecnologías. Es el fracaso y el resultado de los peligros de la sociedad de consumo. Es el fracaso de la sociedad en su conjunto que se caracteriza por un ambiente sociocultural y económico laboral apabullante de factores de riesgo (*ausencia de apoyo familiar; rechazo social a la familia; desarraigo social y cultural; falta de cauces de participación infanto-juvenil; valores y modelos de comportamiento social facilitadores de las conductas violentas; carencia de redes de apoyo comunitario; mendacidad; carencia de vivienda; exclusión del mercado laboral; escasez de recursos económicos para satisfacer las necesidades de la familia; larga duración de la jornada laboral; cambios de vivienda que afectan el arraigo y la formación de los menores...*). Atribuir a un solo factor todo el poder explicativo es, a la luz de los datos de la investigación científica actualizada, una simplificación peligrosa que oculta la complejidad de estos problemas y sus causas.

### **A modo de conclusión. ¿Qué podemos hacer para prevenir o reducir las conductas violentas en los y las adolescentes y jóvenes?**

Si nos ha quedado claro que, en rigor, ninguna explicación científica puede llegar a la clara conclusión de culpar sólo a la Madre Naturaleza o sólo a las múltiples influencias ambientales que conforman el desarrollo de una persona, ¿qué podemos hacer para que nuestros hijos, niños, adolescentes y jóvenes se comporten civilizadamente? ¿Qué podemos hacer desde el nivel de intervención que esté a nuestro alcance para reducir los distintos tipos de violencia juvenil?

En primer lugar, no echarse la culpa unos a otros: los padres echan la culpa a la escuela, la escuela a los padres, todos a la televisión y los responsables de la televisión dicen que son los espectadores los que mandan. Y al final, claro, la culpa la tiene siempre el Gobierno. Hay que huir de los particularismos que funcionan como todos aparte. Y seguir la máxima socrática de que “sólo seremos justos en la medida en que hagamos lo que nos corresponde”. Hacer lo que nos corresponde, y hacerlo bien. Asumir la parte de culpa y/o de responsabilidad que corresponda a cada uno en su nivel de realidad. Es triste, pero es la dura realidad, que la cuerda siempre se rompe por la parte más débil. ¿Qué ha ocurrido con el niño de nuestro caso 15 años más tarde? Pues que es el único que se ha sentado en el banquillo de la justicia. Sus características personales y la ausencia de referentes ambientales protectores le condujeron a las bandas. En tales circunstancias, en las que los órdenes y las pautas de la sociedad dejan de tener importancia, nuestro adolescente inmaduro, irreflexivo, sin recursos cognitivos para pensar en las consecuencias de sus actos y frenar sus impulsos delinquirió. Ahora, en la actualidad, con veinte y pocos años más cumple condena por los actos violentos que cometió en la adolescencia. ¿Han sido llamados a declarar los sistemas familiar, educativo, sanitario o social? ¿Se sienten responsables o culpables en alguna proporción del fracaso personal de este niño? No.

En segundo lugar, sí que podemos hacer muchas cosas. Aún sin saber cómo funciona exactamente la mente humana en todos sus portentosos detalles y sus intrincadas complejidades, a partir de lo que sabemos, podemos dar un paso adelante para equilibrar la proporción naturaleza/cultura potenciando todos los factores de protección del riesgo de los menores- niños, adolescentes y jóvenes- empezando por:

- A) **ÁMBITO FAMILIAR.** Mejorando la competencia educativa parental. Ayudando a los padres a que adquieran los recursos materiales, cognitivos, afectivos y éticos con los que puedan orientar eficaz y eficientemente el proceso educativo de sus hijos. La familia tiene el potencial de configurar el comportamiento de de los hijos de una manera muy significativa, y por eso, todos y cada uno de los miembros del grupo familiar han de colaborar en la prevención de las conductas violentas de la mejor manera: no practicando en el hogar ningún tipo de violencia delante de los hijos. La comunicación y apoyo entre los miembros de la familia nuclear y extensa; el diálogo y el respeto entre unos y otros; aprender a expresar y captar los sentimientos y emociones básicas del ser humano; desarrollar las habilidades parentales practicando con el hijo real, o sea, dedicándole tiempo a los hijos; aprender a adaptarse a los cambios del ciclo vital e los hijos e intentar conciliar el mundo laboral con el familiar son la mejor terapia para tratar las conductas violentas.
- B) **ÁMBITO SISTEMA EDUCATIVO.** Mejorando la calidad de la enseñanza básica obligatoria. Empezando por el número de plazas escolar en una proporción maestro/profesor/alumnos que permita adaptar la enseñanza a las necesidades de los educandos y respete la diversidad. Cuidando la formación inicial y permanente de los maestros y profesores. Dotando a las instituciones escolares de todos los recursos humanos y tecnológicos necesarios para la formación integral -relacionar conocimiento y sentimiento- de los educandos del siglo XXI. Reconociendo salarial y socialmente la función formativa y socializadora de todos los profesionales que trabajan en la comunidad educativa. Fomentando la participación de todos los protagonistas en la planificación y gestión de los centros escolares. Abriendo los centros escolares al entorno y extendiendo la cultura de la convivencia transmitiendo valores, normas y modelos basados en el respeto y la tolerancia. Educando, en definitiva, para una convivencia justa y digna y defensora de los Derechos Humanos.
- C) **ÁMBITO SOCIO-ECONÓMICO-LABORAL-SANITARIO.** Facilitando la estabilidad en el empleo de los distintos miembros del grupo familiar. Obteniendo salarios estables y dignos para satisfacer las necesidades básicas de todos miembros de la familia. Habitando viviendas dignas donde se pueda dar la comunicación entre padres e hijos y existan espacios para la intimidad personal. Ofreciendo sistemas sanitarios eficaces y eficientes que cuiden y promuevan la salud física y mental, y desarrollen permanentemente programas de educación para la salud y el bienestar de las personas. Creando un tejido social que promueva las relaciones sociales desde el diálogo y el respeto entre menores y adultos. Desarrollando modelos económicos de desarrollo respetuosos con el medio y con las personas y solidarios. Y, por supuesto, logrando que funcione bien el sistema de justicia.
- D) **ÁMBITO PERSONAL.** Hay que ayudar al otro (hijo, alumno, paciente, cliente, ciudadano, espectador) a que adquiera, desde que nace, la competencia personal y social básica para gestionar y dar sentido a su vida desde la libertad y la responsabilidad. Para ello el individuo necesita construir un yo fuerte, sensible, inteligente, responsable, autónomo, reflexivo y ético. Objetivo este sólo alcanzable a través del aprendizaje en los contextos donde viven. Si el niño, desde la primera infancia, no

aprende a ser responsable de su conducta y no descubre su carácter instrumental, esto es, la relación que hay entre la conducta y sus consecuencias difícilmente controlará sus impulsos violentos y aceptará el límite. Los niños y los adolescentes tienen que aprender a aceptar la frustración y a dominar sus instintos primarios. Tienen que descubrir la utilidad de practicar conductas inteligentes y hacerse responsables de las consecuencias de la conducta que eligen. Por eso es tan importante que aprendan a pensar antes de actuar y ser conscientes- al nivel específico de su etapa evolutiva- que toda conducta tiene sus consecuencias a corto, medio y largo plazo. Y, de esta manera, usando mejor su cerebro para resolver los problemas que le plantea la vida, se esforzarán en encontrar estrategias alternativas al uso de la violencia.

Ninguno de los factores protectores, arriba señalados, por sí solo podrá eliminar las conductas violentas de los adolescentes y jóvenes de nuestros días. Sí, la acción sinérgica de todos ellos actuando en la misma dirección, y en términos de probabilidades, reducir y modular la tendencia a hacer el mal anclada en las profundidades de la naturaleza humana.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Caparra, g. V. y Pastorelli, c.** (1996) Indicadores precoces de adaptación social. En J. Buendía (Ed.), Psicopatología en niños y adolescentes. Desarrollos actuales. Pirámide. Madrid. 121-145.
- Carrobes, J. A. y Perez-Pareja, J.** (1999) Escuela de Padres. Guía práctica para evitar problemas de conducta y mejorar el desarrollo infantil. Pirámide. Madrid.
- Comas Arnau, D.** (2001) Videojuegos y violencia. Estudios e investigación 2001. Defensor del Menor en la Comunidad de Madrid.
- Díaz-Aguado, M.J.** (Dir.) (2004) Prevención de la violencia y lucha contra la exclusión desde la adolescencia. Madrid: Instituto de la Juventud, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Serie de tres libros y un video con tres documentos audiovisuales.
- Díaz-Aguado, M.J.** (2006) El acoso escolar y la prevención de la violencia desde la familia. Madrid. Consejería de Familia y Asuntos Sociales.
- Espinosa Manso, C.** (2007) Los niños y los jóvenes del tercer milenio. Guía práctica para padres y educadores. Edit. Sirio S.A. Málaga.
- Ezpeleta, L.** (Editora) (2005) Factores de riesgo en psicopatología del desarrollo. Masson. Barcelona.
- Herbert, M.** (2002) Padres e hijos. Mejorar los hábitos y las relaciones. Pirámide. Madrid.
- Huertas, D.** (2007) Violencia. La gran amenaza. Alianza Editorial. Madrid.
- Organización Mundial de la Salud** (2002) Informe sobre la violencia en el mundo como problemas de salud. Publicación Científica Técnica nº 588. OMS.
- Sanmartín Esplugues, J.** (2008) El enemigo en casa. La violencia familiar. NABLA Actividades Editoriales, S.L. Barcelona.
- Urra, J.** (2006) El pequeño dictador. Cuando los padres son las víctimas. La esfera de los Libros. S. L.
- Urra, J.** (2005) Adolescentes en conflictos en conflicto. 52 casos reales. Pirámide.

#### PÁGINAS WEB DE INTERÉS

<http://www.cdc.gov/spanish/especialesCDC/violenciaJuvenil/index.htm>

<http://www.safeyouth.org/scripts/espanol/index.asp>

<http://www.aepcc.es>

<http://www.anshda.org>

<http://www.fapmi.es>

<http://www.colorado.edu/cspv>

<http://www.nceev.org>

<http://www.ndvh.org>

<http://www.cibereduca.com/especial/articulos.htm>

<http://www.aui.es/padres/ipadres.htm>

<http://www.protegeles.com>